

SEMBLANZA DE JUAN BAUTISTA

Begoña AZCONA LARUMBE
Ibaiondo
Enériz. Navarra

4640 Oakview Road
Santa Ynez, California 93460

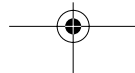
Sí, esta fue su última dirección en los Estados Unidos y la única que tuvo en California, después de haber impartido clases por diferentes lugares de ese enorme país.

Vivía en un rancho, un bonito rancho que se llamaba Etxeberria: en euskera significa 'nueva casa'. Allí, mirando las montañas que lo rodeaban, soñaba con su Navarra, con sus valles y sus ríos. Porque aunque él había nacido en Argentina, su espíritu, sus antepasados y su alma estaban en los campos verdes y en el chirimiri que, poco a poco, empapaba su boina.

En la Universidad de California, Santa Bárbara, que mucha gente, por desgracia, la relacionará con la serie de tv *Santa Bárbara* o con *Los vigilantes de la playa*, y no por cosas mucho más interesantes, Juan Bautista pasó sus últimos años académicos. Sus alumnos le daban vida y le rejuvenecían, pero cada año que pasaba las clases se le hacían más cuesta arriba, salir de Santa Ynez una hora antes para llegar a clase a las ocho de la mañana, las reuniones del Departamento, y un sin fin de cosillas que le hicieron decidir su jubilación.

Mientras tanto, la vida en el rancho seguía su tranquila marcha. Hacía unos años que había vendido sus caballos, Zorongo y Petenera; tenía una nueva perrita, Zuribeltza, que le animaba sus paseos mañaneros y a la que mimaba dándole huesos y pintxos después de comer, y tenía un gato, Basajaun, que estaba viejo y enfermo, muy viejo y más enfermo, y que terminó su vida en manos del veterinario.

A Juan Bautista le encantaban los paseos por su rancho: recogía flores silvestres para los floreros de la cocina y comedor; arrancaba cardos que salían tanto como amapolas, la flor emblemática de California; encontraba nuevas huellas de cerdos salvajes, que abundaban, pero era raro verlos; casi todas las primaveras mataba alguna serpiente cascabel y un día hasta mató un puma que se atre-





vió a clavar su hocico en el cristal de la puerta de su alcoba. Desde entonces Juan Bautista se convirtió para muchos en “el pequeño cazador blanco”.

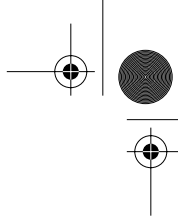
Su vida en Etxeberria tenía un horario, no monotonía, que se repetía todos los días que no iba a la Universidad a impartir sus clases. Se levantaba con las primeras luces del día, daba cuerda al viejito, un antiguo reloj de mesa que le habría gustado tener a Luis XVI, ponía la comida al gato, regaba las plantas, si era día de riego, preparaba la comida de Zuribeltza y se sentaba a desayunar su eterna tostada con aceite de oliva. Después, tras el paseo del que ya hemos hablado y darle la comida a su perrita, se sentaba a trabajar delante del ordenador y, de vez en cuando, se levantaba para consultar algún libro o su maravilloso fichero que ocupaba lo que para otros habría sido el garaje y para él era, simplemente, su biblioteca. Aunque diciendo la verdad, Etxeberria era una biblioteca por cualquier habitación que se mirara.

A eso de las once daba por terminado su trabajo intelectual e iba a la cocina, su otro mundo, a preparar alguna de sus especialidades: paella, asados... y no seguiré por estos derroteros porque no quiero tener a ningún lector salivando como el perro de Paulov. Después de comer se sentaba en su sillón-mecedora y con un libro en la mano *lermía*, utilizando el acertado verbo que él inventó. Cuando se despertaba, lo que quedaba de tarde era de relax intelectual: hacía compras, se tomaba un vino en el Red Barn con sus amigos, iba al cine o se quedaba en el rancho leyendo revistas (*Time*, *National Geographic*...) y mandaba largos correos electrónicos a sus amigos desperdigados por todo el mundo.

Después de una cena frugal, de su buena partida de billar, vicio desconocido por muchos, y de llevar a Zuribeltza a su casa, se acostaba casi casi con el sol y roncaba como un bendito esperando un nuevo amanecer que le volviera a su tarea habitual.

Al margen de todo esto, le llegaban invitaciones para dar conferencias, seminarios, charletas, como las llama él, de diferentes universidades o instituciones. La mayoría de ellas las rechazaba porque le apartaban de su vida normal y, repitiendo sus palabras, ya no necesitaba promocionarse, ni fama, ni nada por el estilo. Si las aceptaba era porque a sus buenos amigos/as no les podía negar nada.

Así pasaron sus últimos años en California, con sus clases, sus animales y sus viajes en barco. No sé, emulando a Rafael Alberti, diría que se sentía un poco “marinero en tierra”, porque en sus últimos años por aquellas tierras viajó en barco a Alaska, recorrió las islas de Hawai y fue de Río de Janeiro a Santiago de Chile pasando por el cabo de Hornos. En fin, algún argentino diría que llegó a donde el diablo perdió el poncho.



Y, poco a poco, se fue acabando su vida universitaria en California y empezó esta nueva vida en lo que ha sido su tierra en el corazón (Navarra, donde está el Valle de Arce), con viejos y nuevos amigos, en una nueva casa que, por muy nueva que sea, no se llama Etxeberria sino Ibaiondo, porque está junto al río Robo, y con un espíritu de trabajo que espero que le dure años y siga dando tan buenos frutos como los dio en California y en todo el tiempo que vivió en los Estados Unidos. Y, llegando un poco más lejos, en sus años en la Argentina que le vio nacer y en la que publicó sus primeros artículos cuando todavía vestía pantalones cortos.

